

## **“Allá eran potreros”:**

nostalgia e imaginación del campo en retirada. Quito, 1970-2000

**Antonio Villarruel**

Universidad Internacional SEK-sede Ecuador. Facultad de Ciencias Naturales y  
Ambientales

### **Resumen**

El siguiente artículo propone observar la construcción histórica de la ciudad de Quito, desde el año 1970 hasta el 2000, y los modos de articulación simbólica que dan presencia a una elaboración nostálgica de lo rural en el tejido urbano. Del mismo modo, repasa varias de las producciones culturales que incidieron en la modernización de la ciudad y fueron desplazando la idea del campo hasta volverlo en una ensoñación nostálgica.

**Palabras clave:** memoria, campo, producción cultural, Quito.

### **Abstract**

The following article intends to observe Quito's historical construction from 1970 to 2000 as well as the different symbolic articulation operations which result in the presence of a nostalgic narrative concerning the memory of the countryside in its inhabitants. It also seeks to go over some of the cultural productions that reflected the modernization of the city and, at the same time, displaced the objective presence of the countryside until it became a nostalgic daydreaming.

**Keywords:** memory, countryside, cultural production, Quito.

## Consideraciones iniciales

Pretende el siguiente texto iniciar una conversación estética y urbanística sobre la práctica de la memoria, sobre sus imágenes y sus ficciones, del mismo modo como pretende indagar en la historia y sus usos, en su influencia y su tarea en la construcción grupal o individual de relatos sobre el pasado, imaginarios transitados a partir de la tensión entre experiencia, socialización y facticidad. El escenario es Quito, las tensiones tienen que ver con el campo o su memoria, elaborados desde subjetividades que ocupaban diversos parajes en el tejido social de la ciudad, y el marco temporal que se pretende analizar discurre entre los años 1970 y 2000, es decir entre la presidencia de Velasco Ibarra y de Gustavo Noboa, entre la publicación de relatos como Ciudad de invierno (1984), de Abdón Ubidia; El viajero de Praga (1996) y La sombra del apostador (1999), de Javier Vásconez; Ciudad sin Ángel (1995) y Ecuador: señas particulares (1998), de Jorge Enrique Adoum, y una perceptible e inequívoca entrada de la ciudad a una modernidad particular, siempre con un pie en el capitalismo paradójico que vivió el país en esos años, sostenido por una economía incipientemente extractivista, y una propensión al crecimiento del sector de servicios.

En esos años, Quito experimenta eventos masivos que dejan huella en los imaginarios de la ciudad, y la conducen irremisiblemente a su funcionamiento como urbe moderna: la muerte del presidente Jaime Roldós en el ochenta y uno en un accidente de avión de causas sospechosas, la desaparición de los hermanos Carlos Santiago y Pedro Andrés Restrepo en 1988 a manos de la policía, los asesinatos seriales de Juan Fernando Hermosa a taxistas nocturnos entre 1991 y 1992, la fiebre del fútbol y la polarización violenta de las hinchadas, la avalancha de la arquitectura moderna después de la extracción masiva de petróleo, la invasión de la tecnología, el problema de la saturación de automóviles, los continuos golpes de Estado, los conatos de guerra contra el Perú, la lenta pero visible liberación sexual, el fin de los espacios públicos y su reemplazo por las tiendas de moda y los centros comerciales y, antes de llegar al nuevo milenio, la debacle económica que dejó sin sus ahorros a cientos de miles de ecuatorianos y le costó el puesto al presidente Jamil Mahuad.

Es en este escenario que se pretende trabajar el rastro de lo rural como parte de Quito, pero del mismo modo como un conjunto de paisajes y prácticas sociales y económicas que van perdiendo peso en el imaginario de la ciudad que, ante la huella de eventos como los arriba enunciados, se asume como un centro de desarrollo de la vida urbana, y con ello, de una cierta idea de contemporaneidad. Esto no obsta para que siga teniéndolo en la evocación del pasado por parte de quienes recuerdan a este espacio como un actor decisivo en su crecimiento, en la provisión de recursos o incluso en su ensoñación de retiro y regreso a la tierra original.

El campo como parte indivisible de la ciudad plantea varios retos de índole teórica e intelectual, siendo el primero el descarte de la usual separación binaria campo-ciudad, como lo planteó la historiografía del siglo pasado (Kingman et al., 2014), y una recuperación de lo que Michel de Certeau consideraría como “producción del lugar” (1975). Quito es una muestra clara de que la separación excluyente fue insuficiente –y aún sigue siéndolo-, no solo en el terreno histórico sino también en el teórico-conceptual, por lo que es preferible adscribirse a una noción de flujos y de tensiones en continuo reposicionamiento y negociación, más que en entidades socioespaciales separadas por una suerte de frontera objetiva que los diferencia y apenas los junta en transacciones económicas. Más allá de la evidente relación productiva de estos dos espacios, una de las posibles entradas a las relaciones entre lo rural y lo urbano en una ciudad andina como Quito, es el reconocimiento de la ausencia de espacios puros con cualidades irremontables e intransferibles.

De este modo, el desarrollo del siguiente texto está constreñido a una metodología fragmentaria y siempre subjetiva, que no ahorra su distanciamiento por enunciaciones definitivas o cerradas. La deuda con el aporte teórico de Eduardo Kingman Garcés a los estudios urbanos latinoamericanos queda también explicitada, sobre todo en el intento por releer el pasado a través de usos y prácticas cotidianas, testimonios, literatura u otras producciones estéticas, percepciones grupales o comunitarias, formas de organización económica, política y social, y sobre todo en la asunción de la escritura histórica como un gesto principalmente político. Escribe Walter Benjamin la conocida reflexión sobre la observación de un objeto como una de las alternativas para considerar el relato histórico y el de la memoria (Comay, 2014). Pues bien, en este trabajo se busca incorporar las relaciones subjetivas como instrumentos que demandan una historiografía que se asuma siempre inconclusa e impelida políticamente.

### **Presupuestos teóricos**

Uno de los tópicos más recurrentes en la magnitud de la rememoración de una ruralidad que en la ciudad ha estado en constante retirada, es la presencia de la nostalgia. La nostalgia, en este sentido, se contrapone con la búsqueda del apoyo documental por parte de la historia para probar un pasado que realmente existió. La rememoración idealizada de un lugar al que la ciudad ha engullido es, por supuesto, ficción, aunque la disciplina de la historia pueda trabajar con algunas explicaciones o sugerencias colaterales para entender el porqué de ella. Lo cierto es que, como señala Svetlana Boym (2001), la nostalgia es propia de procesos de pérdida o de épocas de turbulencia, y erróneo sería remitirse a ella para buscar las huellas de un pasado tal y como realmente fue. La imaginación del campo que despliegan las clases medias quiteñas, por ejemplo, tiene en su nostalgia una alta variable de idealización, vinculada a la asociación de lo rural con una infancia perdida: el campo como inocencia, lo rural como antípoda de la perversidad y el cálculo que ha supuesto el modo de vivir en la urbe. En algunos casos -testimonios, por ejemplo-, la

nostalgia del campo perdido parece incluso suavizar el rigor de la pobreza, a través del recuerdo de épocas menos dolorosas o de la evocación de un tiempo pasado donde la red de solidaridades difuminaba las carencias más básicas y hacía de la modestia, virtud, y de la carencia excusa para participar en la vida comunitaria.

Esta elaboración ensoñada y abiertamente idílica es posible, como lo trabaja Boym, solamente en un escenario moderno. Los síntomas de la modernidad se colocan en el otro polo de la ensoñación idílica, y a la máquina le contraponen lo artesanal como a la sordidez de la ciudad parece negarle la paz y la transparencia del campo.

La nostalgia que aquí me interesa –señala Boym- no es meramente una afección individual sino un síntoma de nuestra época, una emoción histórica. No se opone necesariamente a la modernidad y la responsabilidad individual. Más bien parece coetánea de la modernidad misma. (XVII, 2001, la traducción es mía.)

Así, lo que más puede contribuir es una semblanza histórica de la época, que contenga una serie de precisiones que actúen como agentes descriptivos de un panorama de trabajo puntual: es decir, que puedan dar cuenta de las características más importantes de la ciudad, no solamente a nivel político, sino también a escala social, industrial, de integración, y principalmente estética, entendido esto último como una suerte de mapas sobre las diferentes capas de sensibilidades que pudieron haberse gestado en esos años en la ciudad.

Es también conveniente adentrarse el perfil físico de la ciudad de Quito entre los años setenta y el comienzo del nuevo milenio, y las mudanzas que en él han sido más visibles: el trazo de una nueva morfología, la expansión y la presión demográfica, la caducidad del modelo Jones Odriozola, el plan urbanístico que en parte rigió la ciudad desde mediados del siglo pasado. La arquitectura, como menciona Andreas Huyssen (2003), genera en la ciudad, con el tiempo, un escenario similar a un palimpsesto, es decir, el de un texto sobre el que se escriben una y otra vez diferentes capas. En el caso quiteño, los treinta años de análisis son sin duda aquéllos en que la figura de la ciudad cambia con más vehemencia. Queda pendiente un trabajo sobre los modos de adaptación que tomaron sus habitantes, ya sea aprovechando una modernidad que anteriormente se había mostrado esporádica o, como menciona Kingman, urdiendo estrategias de resistencia y repliegue para continuar con formas tradicionales de generación económica o de creación de espacios sociales.

### **1970-2000: La reinención de la ciudad**

Es probable que lo más pertinente para un análisis histórico de la ciudad de Quito desde la década del setenta hasta el cambio de siglo empiece, en realidad, el 28 de junio de 1972, cuando el primer barril de petróleo extraído en el país, desfiló sobre un tanque de guerra

por las calles del Centro Histórico de la ciudad de Quito. Aquel día, el barril había llegado del puerto de Balao, donde dos días antes fue recibido con entusiasmo por representantes de la petrolera Texaco y las máximas autoridades del gobierno ecuatoriano, entre ellas el presidente Guillermo Rodríguez Lara, cabeza de la dictadura militar que gobernó el país durante la mayoría de la década de los setenta. El diario El Comercio, con ocasión de los cincuenta años del desfile, hace una pequeña reseña de este evento singular. Narra dando la palabra a un grupo de personajes de la ciudad, cómo los habitantes, conmocionados, asistían al paseo del barril por las plazas más significativas de la ciudad. Miles de personas habían ido a las tiendas de la ciudad a comprar tarritos para almacenar en ellos algo del crudo que se daba vueltas por las calles. Mientras tanto, se preparaba un lugar especial en el templete del Colegio Eloy Alfaro para que el contenedor reposara.



Imagen 1 / Fuente: [www.constructo.info](http://www.constructo.info)

Un video de archivo narra el tránsito del barril hacia la capital:

(...)Debidamente custodiado, el barril conteniendo el precioso líquido -asegura el narrador- será transportado en medio de la alegría popular a través de las calles de nuestra ciudad. A lo largo del patriótico desfile, la ciudadanía da muestras de satisfacción (ininteligible). El desfile avanza y con la gallarda presencia de hermosas muchachas, de genuinos trabajadores, de estudiantes, del pueblo civil y del pueblo armado, el barril de petróleo continúa hacia el templete de nuestros héroes. (Memoria Ecuador, 2015.)

En cierto sentido, si la modernidad había hecho sentir algunos de sus síntomas en la

sociedad ecuatoriana, la llegada de la economía petrolera significa su consolidación, particular, eso sí, hasta convertirse en moneda habitual de cambio de las arcas económicas nacionales.

La ciudad de Quito, como explica en su análisis sobre las capitales republicanas la mexicana Johanna Lozoya (2010), no escapó ni del legado colonial ni de su reformulación como espacio de expansión del proyecto republicano. Más de un siglo después, alrededor de los años setenta, la ciudad daba paso a su verticalización, pero había también repensado su huella arquitectónica colonial para convertirla en orgullo nacional, es decir en un espacio de exaltación del eterno proyecto de concreción del Estado nación. Sin embargo, la práctica de la ciudad como espacio donde habitaban poblaciones heterogéneas, distaba de ser el filtro de unificación del ciudadano ecuatoriano. Eduardo Kingman explica esto con las siguientes palabras:

Se trataba de un proceso complejo y contradictorio de integración de los distintos órdenes y corporaciones, con sus propias pautas de funcionamiento, dentro de un proyecto común, en buena parte imaginado (Kingman, 75, 2008).

Para Kingman, como para Sonia Fernández Rueda (2013), las continuas políticas encaminadas a "depurar" la ciudad de hábitos que resultaban entonces muestras fehacientes de un retraso, parecía dirimirse en una especie de lucha desde la civilización contra la barbarie, de modo similar al que planteó Gorelik respecto a la organización espacial y social en el Buenos Aires de comienzos del siglo XX (2004). La última, faltaría más, era convocada por la presencia remota: lo indígena, lo rural, lo atávico. Las imágenes: el poncho, la carreta, la bosta de caballo, el desorden y el ruido de la calle. Todo esto debía combatirse desde la formulación de un espacio urbano que incidiera en las prácticas cotidianas de la gente mediante el aseo, el control, la diferenciación de las poblaciones y los sectores, y la canalización adecuada de las inquietudes políticas (la votación, casi nada más).

Para la década de los setenta, Quito parece heredar estas características, si bien un tanto atenuadas por los discursos progresistas, la reforma agraria, el indigenismo y la lucha social en las artes, además de la impronta dejada por ciertos gobiernos progresistas. Progreso había que buscar, sí, tal y como se relató anteriormente, pero el proyecto debía desenmarcarse del lugar común de la lucha contra la barbarie, entendida ésta como un combate crudo contra la condición indígena. El modelo del hombre nuevo parecía haberse encaminado hacia la visión fenotípica del mestizo, aunque aún occidentalizado. Desde este arquetipo es que deben sentarse las bases para la construcción de una nueva patria.

La arquitectura parece adherirse con mayor vehemencia al cambio de modelo económico del país, y con él, a nuevas prácticas culturales y sociales. Durante la década de los

setenta, Quito empieza a incorporar, tanto en los espacios residencial y comercial como en el burocrático, edificios con variedad de estilos, que provocan la decidida verticalización de la ciudad. Emblemas como el edificio de la Corporación Financiera Nacional, el del Instituto Ecuatoriano de Seguridad Social, el edificio Benalcázar Mil, el Filantrópica (más conocido como “La Licuadora”), datan de esta época, y aunque resulte arriesgado un análisis sobre algún estilo concordante en ellos, sí sobresale el énfasis en el uso visible de concreto, la búsqueda por la imponente y los trazos modernizadores en ellos. La huella que la verticalización de los años setenta supone para Quito se refleja también en la creación de un imaginario, aún vigente, que asocia la cantidad de concreto con la capacidad económica. No sería exagerado afirmar que buena parte de los barrios populares que crecen desde entonces lo hacen observando el brutalismo de aquellos edificios como manifestación de solvencia financiera, y se procuran modos y estrategias para adecuar sus construcciones a estas tendencias. Así entonces, Quito crece observando una arquitectura irracional para su contexto, que no era otra cosa que el deseo de surgir en medio de la ola modernizadora que vivía América Latina, con la ayuda de los recursos petroleros y una economía acelerada por el mayor flujo de circulante que procedía de la velocidad de las transacciones por bienes importados.

Lo que sí se visibiliza a nivel sostenido es una especial idiosincrasia, propia de la clase media, aupada por los ingresos petroleros en el sector público y privado a la vez. Quito se conforma como un espacio de la burocracia, la clase social paradigmática que lucha por el ascenso económico y reniega de algunas características atávicas propias de su pasado precario. Publicada en 1958, *El chulla Romero y Flores*, de Jorge Icaza, prefiguraría estas ansiedades, entre las que se encuentran los forcejeos por deslindarse de la herencia indígena, el deseo desmedido por la posesión, el conflicto interno entre dos herencias aparentemente irreconciliables, y el uso de un español forzado, que desbrozara de cuajo cualquier atisbo de quichuismos.

Así pues, marca la pauta la llegada de la clase media, una clase media masiva, insegura y poco autónoma, que actúa como un sismo en los universos sociales quiteños, en sus prácticas y representaciones, y modifica la economía de la ciudad y la transforma en un receptáculo ideal para la proliferación de servicios (Jácome, 2014). La vida política y social de la ciudad también se condiciona a los modos de funcionamiento de una clase media-baja, parte de la cual se nutre de la llegada de nueva migración de las provincias y que es, al menos parcialmente, empleada en el creciente aparato público.

El advenimiento de una economía de servicios y el deslumbramiento de los estratos medios por los nuevos centros comerciales, alrededor de la década de los ochenta, hablan todavía de una cierta insularidad de la ciudad, como ya lo mencionó Ernesto Capello (2011), observando la llegada del siglo pasado: pese a ser uno de los complejos más exteriorizados de la ciudad y una de las luchas que más se propone remontar, la ciudad de

Quito no deja de ser todavía un apacible conglomerado urbano de clase media en crecimiento, al menos comparado con otras ciudades que se repletan de multitudes y cuyo ritmo de crecimiento demográfico no puede detenerse debido a la continua migración del campo: Lima, Bogotá, Caracas.

Esta noción un tanto idílica de la ciudad es rebatida en obras como *De que nada se sabe* (2002), del ecuatoriano Alfredo Noriega, probablemente una de las mejores obras novelísticas de las últimas décadas, y en la película inspirada en la novela, *Cuando me toque a mí* (2006), de Víctor Arregui. El acierto del director es transmitir la misma atmósfera, tanto en el diseño de arte como en el habla de los personajes, que habitan un espacio urbano sórdido, degenerado, en que la huella del paso del tiempo transcurre como una espiral a la degradación. Con el avejentamiento de la ciudad, parecen sugerir la novela y la película, hay también una maduración aciaga en quienes la habitan, un descenso hacia una senectud calculada, conspiradora, perversa.

Otra de las características que parece describir la ciudadanía de ese entonces es la relativa politización, parte del alcance de la educación pública, pero también de los debates que se daban en los medios de comunicación que llegaban con cada vez mayor fuerza a todos los niveles de la sociedad. La muerte de Jaime Roldós, la persecución y exterminio de varios de los militantes de *Alfaro Vive Carajo* –un pequeño núcleo guerrillero que no cuajó–, así como el conflicto de Paquisha (un conato de guerra que enfrentó en el año 1982 a Ecuador y Perú), resuenan en el imaginario popular y a través de los medios masivos, y son excusa para una toma de posiciones y para un debate abierto y plural.

Por estas razones, no es sorprendente que el movimiento indígena, que toma especial relevancia en los años noventa, tome a Quito como escenario principal de sus manifestaciones y se nutra, además, de muchos intelectuales de la ciudad, así como de sectores trabajadores organizados y de estudiantes.

La crisis bancaria refrenda esta poética urbana, que viene acompañada de la defenestración de Jamil Mahuad, Abdalá Bucaram y Lucio Gutiérrez, y de una decisiva incorporación de la ciudad a los hábitos de consumo globales, a la adquisición de capacidades de movilidad y viaje por parte de las clases medias, y a una relativa cosmopolitización de los hábitos de los habitantes, ya plenamente conectados con los episodios y las corrientes estéticas predominantes en la globalización.

### **El campo en la ciudad**

De las impresionantes fotos de Rolf Blomberg recogidas en el libro *Blomberg Quiteño*, resaltan dos: la una, tomada en Sangolquí, una población en las afueras de Quito, y la otra

tomada en Pifo, otra pequeño poblado situado al este de la ciudad. Tanto Sangolquí como Pifo describen escenas directamente rurales: el tierrero como camino, burros y caballos que sirven como medios de transporte, el paisaje agreste y apenas urbanizado, las construcciones de adobe. Lo mismo sucederá con las fotos tomadas alrededor de quince años antes de las poblaciones de Guápulo y La Floresta, mucho más cercanas a la ciudad. En estos dos últimos casos, lo que sorprende es paisaje agreste, casi silvestre, que ocupa el lugar donde hoy en día se levantan decenas de calles y viviendas.

La presencia del campo es cosustancial a la ciudad de Quito: los flujos que identifican a cada uno de los términos –rural, urbano- parecen más bien haber estado en contacto muy cercano, en un mismo espacio, lo que obliga a preguntarse sobre la prudencia de una separación tan distante. Raymond Williams (2011) desarrolla su texto sobre el campo y la ciudad diseccionando el conjunto de significaciones que cada término despierta. Por un lado, el campo suscribe un acercamiento con lo primario o lo puro: el espacio de la naturaleza impoluta, lo esencial, la recuperación de un lugar metafísico. Por otro lado, la ciudad emana el sentimiento de la conquista o el logro de la civilización. En el caso quiteño, la ciudad es la forma más plausible del progreso, de la modernidad, pero el campo la complementa en su complejidad.

En el caso latinoamericano, el campo ha asumido al menos desde los años republicanos el papel de ejemplificar el espacio de lucha: no hay que olvidar que ésta es una de las entradas de lectura del Facundo, de Sarmiento. Para consolidarse como países puramente modernos y adelantados a su tiempo, era necesario revertir la presencia de lo rural, y lo que esto significaba, a saber: la barbarie. Es imposible dejar de asociar esta manifestación, en el caso de los espacios andinos, con una cuestión étnico- racial: la barbarie parecía tomar la forma del indígena, del ser remoto que habitaba al margen de cualquier forma de progreso y de modernidad. Por supuesto, la asociación indígena-campo es facilista, y además falaz, pero no es menos cierto enunciar que ésta fue percibida como verdadera.

La zonificación que muestra Kingman Garcés es clara: la ciudad de Quito había preparado áreas especiales para la recepción de lo agreste y de sus gentes, y el radio de movilización de ellas era restringido a lo que podían aportar económicamente a la ciudad. Aunque las sensibilidades liberales hubieran aportado a incorporar a los indígenas en la tarea de conformación de un proyecto nacional para todos, el deber era insertarlos dentro de una sociedad, y unos espacios, que renunciaran a su condición de indígena y de agraria, haciendo de la ciudad la culminación del trabajo de modernización de estas gentes. La población indígena de Quito ocupaba los espacios liminares o postergados de la ciudad (2008), con la excepción de los corredores que la urbe misma había diseñado para éstos, y que se toleraban como espacios necesarios para la provisión de alimentos, por ejemplo.

Pese a esto, la ciudad convivía con el campo no solamente porque éste, como territorio imantado de significaciones, estuviera cerca, sino porque era parte constitutiva de ella.

Tanto en su modernidad escindida y no finiquitada, como en los aspectos más puramente económicos. De allí que no sea descabellado que la ciudad de Quito, al menos hasta bien entrados los años ochenta, fuese también el semblante rural de la misma, que se visibilizaba en las costumbres de las personas en sus espacios interiores –el cultivo en pequeñas parcelas de tierra, la celebración de fiestas ligadas a los ciclos de producción agrícola-, en varias organizaciones alrededor del fenómeno político –la lógica grupal, la minga como conjunción de intereses-, y principalmente en un continuum de flujos económicos que diferenciaban a Quito de otras capitales, la hacían productivamente menos industrializada, y la beneficiaban con una serie de productos propios del agro, donde se intentaba ejercer una vida meramente de ciudad.

Estas versiones de lo rural van perdiendo fuerza progresivamente, de modo principal porque las lógicas de producción, y las consiguientes de consumo, fueron desplazándose hacia una homogenización, y olvidaron apenas rastros que se transformaron en material de folclore, si no del olvido. La participación de los flujos rurales en las transacciones comerciales va perdiendo fuerza, sentido y visibilidad, al recibir Quito una serie de empujes por parte de un ensamblaje económico corporativo, que posiciona a los grandes almacenes, con su aura de novedad y elitismo, en el objeto del deseo y en el fetiche de los espacios con mayor plusvalía. Al margen, lo rural, lo campesino, lo indígena, parece reciclarse como equivalente de lo pobre y lo precario, hasta el punto de que varias de sus manifestaciones en la ciudad aparecen como privativas de consumo de las clases populares, y alejadas de las posibilidades de apropiación simbólica de la clase media, no se diga de las élites en constante proceso de maquillaje y blanqueamiento. Lo que no se borra de manera tan frontal e irrefragable es la huella de esta convivencia y transferencia constante en la memoria de parte de la población de la ciudad. Por supuesto, el recuerdo o la imaginación de lo rural no aparece del mismo modo en todos los estamentos –y cabe pensar en la hipótesis de que algunos de ellos sigan afincando su vida alrededor de lo que se puede entender como prácticas rurales, en medio de la ciudad-. En muchos, eso sí, este proceso se vuelve ensoñación, ficción, alegoría.

### **Espacio mutado: delimitando lugares mestizos**

De acuerdo a Fernández, la ciudad de Quito era una suerte de pueblo grande, a fines de los años sesenta, cuyos límites estaban dados, más o menos, al norte por el parque/hacienda La Carolina, al este por el barrio de La Floresta, al sur al final del barrio La Magdalena, y el oeste por donde hoy corre la avenida Mariscal Sucre. El ensanchamiento y estiramiento de la ciudad se produce de forma casi parabólica a partir de los años setenta, y termina de adquirir el perfil que tiene hoy en día alrededor del cambio de siglo, cuando buena parte de los habitantes de los sectores más populares deciden emigrar en vista de la crisis bancaria y la inestabilidad política. Aunque la ciudad seguirá creciendo sostenidamente hasta estos

días, no es arriesgado pensar que en los treinta años que intenta cubrir este ensayo, va adquiriendo sus características físicas y culturales más autónomas u originales, y sufre, además, un proceso de transformación definitiva. Aún más: hace que sus imaginarios muten, y crea nuevos, además de dejar otros en el olvido.

Con el desplazamiento de espacios de amortiguamiento hacia confines más lejanos, la visión real del campo desaparece, y en su lugar se erigen manzanas de viviendas de diferente adscripción socioeconómica. Para los años setenta, es difícil sostener que haya existido un universo realmente rural –si tal cosa existió en el siglo XX andino– un par de kilómetros más allá de los límites arriba descritos, aunque sí mutaba el paisaje hasta volverse terrenos para pastizal, comunidades indígenas, casas de señores aristócratas o tierra cultivable. Todo esto remite al modelo de la hacienda que, como unidad de producción pero también de reproducción de prácticas culturales, condensó la relación de la ciudad con el campo en gran medida. “Allá eran potreros”, señalan varias de las personas que observan, por ejemplo, cómo el sector de El Inca, usualmente parte de una hacienda y vivienda de varias comunidades, se fue parcelando y cooperativizando hasta tomar la forma de un barrio de clase media, muy inclinado a la actividad comercial de menudeo de bienes y servicios de valor medio. Otro tanto parece ocurrir en el caso de La Floresta-Guápulo, espacios que marcaban el fin de la ciudad y el comienzo de un pintoresco pueblo asentado en plena pendiente que desemboca en el valle de Tumbaco. Como atestiguan otras fotos de Blomberg, el margen que se producía entre estos dos espacios era abrevadero de llamas, pastizal, bosque secundario de eucalipto y terreno de quebrada. Poco a poco, estos espacios –que fueron percibidos como rurales– se fueron urbanizando, y dando espacio a viviendas de clase media-alta, que prolongarían al barrio de La Floresta y absorberían a Guápulo como parte de Quito, algo usual en el crecimiento de las ciudades latinoamericanas. Lo que en Quito vuelve particular al paisaje cultural, es su rememoración como rezagos de la vida rural que allí se reproducía.

Cabe insistir en la patrimonialización de algunos espacios o construcciones amenazados por la modernidad. La lógica museística de la ciudad de Quito exaltaba formas urbanas que dieran a entender señales de procesos civilizatorios occidentales, pero apenas si tomaba en cuenta que dentro de esos afanes estaba inmersa la lógica y los modos de producción rurales. Las primeras nociones sobre lo patrimonial en la ciudad se cuidan de guardar y de celebrar lo blanco, lo español que hay en Quito, y el avasallamiento de este proyecto contra otros modos de vida o sensibilidades. De hecho, basta con fijarse en el perímetro de la ciudad que es declarado patrimonio Cultural de la Humanidad en el 78.

No es de sorprenderse que parte del inventario de lo que ha de ser cuidado para no caer en el olvido o la demolición, hayan sido edificios que emulaban la presencia europeo occidental en la ciudad, y que hubieran dejado de lado los procesos de mestizaje que se produjeron, por ejemplo, durante la época colonial, así como la huella arquitectónica y

cultural de los pueblos indígenas en la ciudad. El centro de la ciudad es inicialmente visto como un triunfo de la civilización sobre la barbarie, un triunfo de la ciudad sobre el campo, y en consecuencia un triunfo del Ecuador blanco sobre el Ecuador indígena, mestizo o afro. La incondicional aceptación de la morfología ancha y lisa para la circulación masiva de automóviles en la ciudad atestigua también este fenómeno, si se piensa quiénes eran las personas que utilizaban los espacios peatonales y quiénes eran los que podían, en ese entonces, valerse de medios para adquirir vehículos. La calle en Quito constantemente ha representado uno de los pocos espacios de supervivencia económica, y un generador de comercialización y distribución de bienes que proceden del campo, al estar los mercados municipales cooptados por otros grupos. Así, el ensanchamiento de las calles y la privación de espacio para la oferta de productos que vienen del campo también ha de leerse como un apartamiento o alejamiento de las lógicas y modos culturales “periféricos” o rurales.

### **Ficciones campesinas**

El campo recordado no son sus características económicas, sus procesos de segregación, sus arduas labores. Muchas de las personas que recuerdan la presencia del campo en Quito, o que añoran el terreno descampado en que pasaron parte de su infancia o juventud lo hacen, como hubiera pensado Benjamin, a modo de imágenes fragmentarias, pequeños destellos de recuerdos que van, aislados, tomando otro sentido, diferente siempre al de la percepción inicial de la realidad experimentada. Los rastros del recuerdo tienden a volverse ficción y asumen su estatuto de tal, al discutir la realidad no desde la facticidad, sino desde la verosimilitud del recuerdo. El campo de Quito, los pastizales, las caballerizas, las quebradas y las viviendas adyacentes a la urbanización concéntrica de la ciudad, era, en realidad, una serie de terrenos, por así decirlo, “ya domesticados”, cuya lógica de producción, si bien no totalmente urbanizada, estaba a caballo entre la adquisición de tecnología y distribución urbana, y los productos que podía brindar un régimen rural.

De este modo, sí es prudente realizar una serie de miramientos sobre la forma en que se fue elaborando el campo –los “potreros”- para muchos de los habitantes de la ciudad, especialmente los que se fueron integrando a la vida económica quiteña en su tardía juventud o cuando hubieron de ingresar a establecimientos educativos. Por lo general, las visiones que se mantienen sobre el campo denotan un contacto que es percibido como real, original o inclusive verdadero, con la naturaleza, a diferencia de lo que, se considera, se puede vivir en la contemporaneidad. No obstante, los espacios rurales adquirieron desde hace siglos la influencia y tecnología de las dinámicas urbanas, y en este sentido no se puede hablar de un espacio primigenio, menos romantizar la ficción de un espacio no tocado o manipulado por la mano del hombre o la lógica civilizatoria colonial. El campo que se recuerda es en el fondo el anterior modelo de producción, la hacienda, y los espacios

abiertos que ésta tenía para llevar a cabo la consecución de sus fines. Por supuesto, estas ensoñaciones parten de un vínculo con el pasado establecido desde una clase media, o incluso una clase media alta quiteña, ya que los sectores populares, innegablemente más vinculados con lo indígena, establecen procesos de recuerdo del campo más cercanos a las tareas que allí debían realizarse o a las servidumbre que también este espacio demandaba, organizado, como estaba, a partir de visiones estamentarias con base en criterios de adquisición de capital étnico, si es que algo así existe, y económico.

Ya discute Boym que la nostalgia es, en realidad, un ejercicio permanente de aceptación y recepción de la modernidad, que no puede tomar forma sin el romanticismo que la precede. En este caso, el de las ficciones sobre el campo que en varios segmentos poblacionales de la ciudad se repiten y hasta se viven como elemento esencial de la cohesión de grupos, hay porciones de pasado que se observan con una cierta noción de inocencia, o con un bagaje desprovisto de miradas críticas, la presencia del campo en la ciudad, que significaba, dicho sea de paso, otras dinámicas de trabajo, muchas de las cuales incomodaban a las clases medias o contribuían a la percepción de la poca higiene que se tenía en el campo y la barbarie en temas de modales o de adquisición de capital educativo.

Así, este espacio de rememoración también se vuelve parcial, subjetivo e inacabado, en tanto la figura del campo es necesariamente polisémica, y representa versiones diversas de lo experimentado con el paso del tiempo.

#### **Referencias:**

- Blom, Rolf (2010): Blomberg quiteño. Quito: Archivo Blomberg/Fonsal.
- Boym, Svetlana (2001): The future of nostalgia. New York, Basic Books.
- Capello, Ernesto (2011): City at the center of the world. Space, History and Modernity in Quito. Pittsburgh, Pittsburgh University Press.
- De Certeau, Michel (1975): L'écriture de l'histoire. París, Gallimard.
- Diario El Comercio: <http://www.elcomercio.com.ec/actualidad/negocios/clase-media-emergio-petrolera.html> Consultado el 4 de noviembre de 2014.
- Fernández Rueda, Sonia (2015): Entrevistas realizadas por el autor durante el mes de marzo de 2015.
- Gorelik, Adrián (2004): Miradas Sobre Buenos Aires. Siglo XXI Ediciones.
- Huysen, Andreas (2003): Present Pasts: Urban Palimpsests and the Politics of Memory. Stanford, Stanford University Press.
- Jácome, Evelyn (2014): "Los emigrantes llegaron a Quito en los años 60 y 70". En El Comercio, 29 de noviembre de 2014. <http://www.elcomercio.com/actualidad/migrantes-llegaron-quito-anos-60.html> Consultado el 14 de julio de 2015.

Kingman Garcés, Eduardo (2008): *La ciudad y los otros. Quito 1860-1940. Higienismo, ornato y policía.* Quito, FLACSO-Ecuador.

Kingman Garcés, Eduardo y Blanca Muratorio (2014): *Los trajines callejeros. Memoria y vida cotidiana. Quito, siglos XIX-XX.* Quito, FLACSO-Ecuador.

Lozoya, Johanna (2010): *Ciudades sitiadas. Cien años a través de una metáfora arquitectónica.* México: Tusquets.

Memoria Ecuador: *El primer barril de petróleo del Ecuador. Parte II.* Disponible en: <http://www.youtube.com/watch?v=6Ydam6r7--4> Consultado el 4 de noviembre de 2014.

Noriega, Alfredo (2002): *De que nada se sabe.* Quito, Alfaguara.

Williams, Raymond (2011): *O campo e a cidade.* Sao Paulo, Companhia das Letras.